

GEDEON es el periódico de menos circulación de España



# GEDEÓN

Ex-Diputado á Cortes por Madrid.

**SEMANARIO SATÍRICO**  
SE PUBLICA LOS JUEVES  
**15 céntimos número**

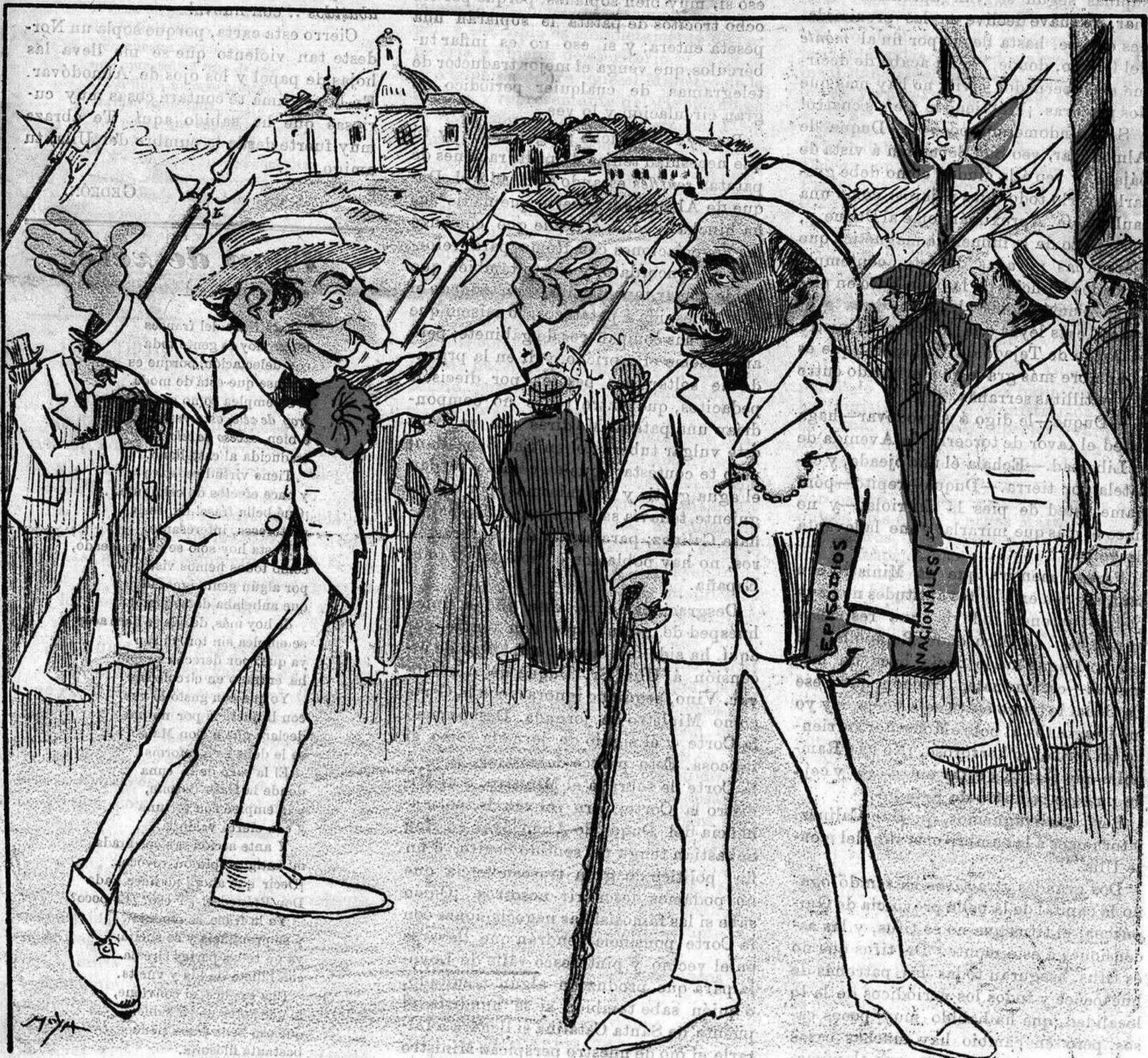
PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
Madrid, trimestre...	2 ptas.
Año.....	6 "
Provincias semestre...	5 "
— año..	8 "
Extranjero año.....	16 "
25 ejemplares.....	2,50 "
Número atrasado...	0,30 "

ADMINISTRACIÓN  
Echegaray, 25, segundo.  
Anuncios: 30 céntimos línea



Año VIII Madrid 21 de Agosto de 1902. Núm 352

## EN SANTANDER



**Gedeón.**—¿Qué hace usted con este ruido, D. Benito?  
**Galdós.**—Estoy tomando apuntes para el próximo episodio nacional.  
**Gedeón.**—¿Y cómo se titulará?  
**Galdós.**—Los duendes de la camarilla.

## Gedeón en San Sebastián.

Donostia 13 Agosto 1902.

Querido Calínez: En la punta más alta del monte Ulia cojo la pluma para escribirte estos cuatro renglones, teniendo delante de mí un panorama espléndido y á mi lado al Duque de Almodóvar. ¡Figúrate si me habré quedado bizco!

Jamas mis ojos pecadores (hablo de los órganos de la visión) han contemplado cosa de mejor gusto (y eso que están acostumbrados á ver cosas muy buenas) que esa magnífica sucesión de montañas que desde aquí divisan; montañas altísimas en el límite del horizonte, menos supinas según se van aproximando al mar, de suave declive en las proximidades de éste, hasta llegar por fin al monte del Casino, donde, según acaba de decirme el Gobernador civil, no hay más que dos posturas. ¡Y él tiene lo menos cuatro!

Separándome un poco del Duque de Almodóvar, veo San Sebastián á vista de pájaro, y veo á la ciudad como debe gustarles verlo todo á los pájaros: como una jaula vacía. Aproximándome al Duque, y, por efecto de la influencia magnética que ejercen las miradas de éste, contemplo todos los edificios de la bella Easo en plena revolución contra las leyes de la gravedad, esas leyes que hicieron Ministro al Conde de Tejada de Valdósera, que es el hombre más grave que ha nacido entre dos patillitas serranas.

—Duque—le digo á Almodóvar—haga usted el favor de torcerme la Avenida de la Libertad.—Echala él una ojeada, y cántela por tierra.—Duque—repito—póngame usted de pies la Zurriola;—y no hace él más que mirarla, y me la levanta de golpe.

Parece mentira que un Ministro con tantas y tan excelentes aptitudes no haya podido obtener todavía una respuesta agradable de Monseñor Rampolla. El mismo Duque me lo decía hace un momento:—créame usted, Gedeón, que á ese Cardenal le tengo entre ceja y ceja,—y yo me imaginaba al pobre Monseñor sufriendo un tormento horroroso. ¡No hay Rampolla que resista á estar entre ceja y ceja de nuestro ministro de Estado!

Peró no divaguemos, querido Calínez, y tornemos á la cumbre más alta del monte Ulia.

Dos grandes atractivos ha tenido ogaño la capital de la bella provincia de Guipúzcoa: el tifus que no es tifus, y las ascensiones á este monte. De tifus que no es tifus, aseguran todas las patronas de huéspedes y todos los periódicos de la localidad, que ha habido muy pocos casos, pero en cambio hay muchas casas vacías; de modo y manera, que el número de casas ha excedido muchísimo al de casos, y apúntale ese nuevo tomito del fe-

minismo á nuestra excelente amiga la eximia escritora.

Ahora bien; todos los easonenses y todos los veraneantes que no sienten en su interior los retortijones que debe de producir el *vacillus* tífico asaltan las jardinerías del ferrocarril eléctrico (tranvía lo llamamos modestamente en Madrid) y suben haciendo esos á esta bellísima cumbre de Gros (porque debo advertirte que en esta culta capital, todo lo que no es de Machimbarrena es de Gros), y una vez en la cumbre, indígenas y forasteros se ponen á lanzar gritos de entusiasmo ante las espléndidas bellezas que les ofrece pródiga la Naturaleza. ¡Pero desgraciado del entusiasta ascensionista que para colmar su placer estético pide en el restaurant vecino una ración de patatas *soufflés*! Le servirán ocho rodajitas, eso sí, muy bien sopladas, porque por los ocho trocitos de patata le soplarán una peseta entera; y si eso no es inflar tubérculos, que venga el mejor traductor de telegramas de cualquier periódico de gran circulación y lo vea.

Peró ya te escucho preguntarme ¿y tú que necesidad tenías de pedir raciones de patatas *soufflés* estando á tu lado el Duque de Almodóvar? Cierro que nadie las ha hinchado como él desde que comenzó las negociaciones con Roma para reformar el Concordato, y cierto también que ha de soplar muchísimas, aun cuando el país le despida á patatazos, lo mismo que á todos sus compañeros de gabinete; pero antojóseme el capricho, y dí en la primada de soltar dos pesetas por dieciséis pedacitos, que entre todos no compondrían una patata. Me dirás que va caro este vulgar tubérculo en San Sebastián; pero te contestaré que en cambio te dan el agua gratis y con miasmas; por consiguiente, todavía sales ganando. Desengáñate Calínez; para atraer á los forasteros, no hay población como ésta en toda España.

Desgraciadamente, este año el único huésped de asiento que han tenido por aquí, ha sido mi ilustre compañero de ascensión á Ulia, Sr. Duque de Almodóvar. Vino, según no ignoras, con la Corte como Ministro de jornada. Desapareció la Corte y él siguió de jornada como si tal cosa. Esto parece demostrar, que ó á la Corte le sobraba el Ministro, ó al Ministro la Corte; pero tal vez la permanencia del Duque de Almodóvar en San Sebastián tenga un sentido oculto, ó un fin, político de gran trascendencia que no podamos descubrir nosotros. ¡Quién sabe si las famosísimas negociaciones con la Corte pontificia tendrán que llevarse en el vecino y pintoresco valle de Loyola para que produzcan algún resultado, ó quién sabe también si se hundiría el puente de Santa Catalina si llegara á faltarle el ojo de nuestro perspicaz Ministro de Estado.

De todos modos, y á pesar de ambos

huéspedes (el Ministro y el tifus), el actual veraneo donostiarra no es un veraneo serio. Así me lo aseguraba en su despacho la primera autoridad civil de la provincia, exclamando con una candidez digna de ser recompensada inmediatamente por su ilustre jefe Sr. Moret: «¡Ay Gedeón; este año tenemos en San Sebastián un veraneo de juego!» Y el Señor Besson, al decir tales frases, se metía melancólicamente las manos en los bolsillos. Triste es, efectivamente, eso de tenerlo todo preparado para un veraneo formal con patatas fritas, y que luego nos resulte un veraneo de juego con caballitos, tifoideas y Ministro de jornada á todo pasto. Pero en fin; esta bellísima ciudad tiene elementos sobradísimos para procurarse el desquite en el estío próximo. Eso sí, actualmente todos los donostiarra y aun todos los forasteros ¡se hallan *abatidos* .. con nueve!

Cierro esta carta, porque sopla un Nordeste tan violento que se me lleva las hojas de papel y los ojos de Almodóvar. En la próxima te contaré cosas muy curiosas que he sabido aquí. Te abraza muy fuerte desde la cumbre del Ulia, tu amigo,

GEDÉÓN.

## Trop de zèle.

Esta frase del francés repite hoy la gente toda con delectación, porque es la frase que está de moda.

Se emplea como consuelo *trop de zèle*, este verano... ó bien, *exceso de celo*, traducida al castellano.

Tiene virtud sedativa y hace efectos de calmante... ¡Qué bella frase! Expresiva, pintoresca, interesante.

Hasta hoy sólo se ha empleado, como todos hemos visto, por algún genio ignorado que anhelaba darse pisto; de hoy más, de ella se hace acopio, se emplea sin ton ni son ya que, por derecho propio, ha entrado en circulación.

Yo que con gusto lo veo, con la justicia por norma declaró que á Don Mateo se le debe esta reforma.

El la sacó de la cuna donde la frase dormía, y la empleó con fortuna y con cierta valentía.

Y ante acción tan celebrada mi antigua opinión revoco... ¡Decir que ahora no hace nada Don Práxedes! ¿Y eso? ¿Es poco?

Ya la frase se modula y se pronuncia y se suelta; ya en todas partes circula con billete de ida y vuelta.

Ella explica, si conviene, lo que antes no se sabía: que esa bella frase tiene bastante filosofía.

O sólo ó con la parienta va usted á comprar cualquier cosa;

ve usted que sube la cuenta  
de una manera espantosa,  
y el comerciante tirano  
le dará á usted este consuelo:  
¡Justo! ¡Se me fué la mano!  
Mas... ¡por exceso de celo!

El mal que á nadie perdona  
de usted tampoco se olvida;  
cae en cama una persona  
de su familia, querida,  
y el médico diligente  
se equivoca de receta,  
y no se alivia el paciente  
que se lo lleva Pateta...

Pues el doctor, sosegado,  
mientras sube un alma al cielo,  
dirá: «¡Si me he equivocado  
fué por exceso de celo!»

Persigue usted á una señora  
que encuentra bien presentada,  
y resulta la traidora  
completamente casada.

Se entera el señor marido,  
y le hace á usted arder el pelo...  
y le dice enfurecido:

«¡ten... por exceso de celo!»

Pega un gachó á su gachó  
dos bofetás, como suele...  
¡No muestra su enojo así,  
que muestra su trop de zéle!

En fin, á todo se aplica  
la frase resucitada,  
que por lo que significa  
debe de ser celebrada.

Y aunque, si bien se consultan  
ciertos hechos expresivos,  
hay excesos que resultan  
una mijita excesivos,  
gracias al genio de lata  
que vive y manda en camelo,  
hoy día al meter la pata  
se llama ¡exceso de celo!

## LA RETIRADA DE LOS DIEZ MIL

No de los diez mil hombres, naturalmente, como aquella ordenada mandada y contada por Texifonte Gallego... digo, no: por Xenofonte el griego.

La retirada de que ahora se habla en todas partes, es la de los diez mil... telegramas, pues á tal número llega, si no pasa, el número de despachos puestos por los periodistas que seguían al rey en su viaje.

¡Esos diez mil se han retirado!

¡Los cronistas se van!... Es lástima que el consabido laconismo del telégrafo nos impida apreciar en todo su valor la amargura de las quejas con que habrán llenado los aires nuestros distinguidos compañeros en la prensa.

Yo que, como casi todo el mundo,

conozco de Pamplona  
la alegre trompetería,

hubiera dado cualquier cosa por conocer asimismo el triste clamoreo de los activos corresponsales, en toda su intensidad, pues llega hasta nosotros algo apagado por la cinta telegráfica.

En cambio, las plumas de nuestros rotativos han descrito ya esa retirada, con la misma sobriedad que narró la suya el amable historiador y filósofo ateniense.

Y el público no se atreve á pedir permiso para juzgarla, por si ese permiso le sirve de tanto como les sirvió á los periodistas el que Weyler les diera para visitar el fuerte de San Cristóbal.

He aquí un caso curioso, que sin duda aprovechará la musa popular para corregir cierta copla antigua y conocidísima.

¿Quién no ha oído cantar á las niñas, sintiéndose un poco molestado en su condición, aquello de

Papeles son papéles,  
cartas son cartas,  
palabras de los hombres  
todas son falsas?...

De hoy más, se cantará esa copla en la siguiente forma:

Papeles son papéles,  
cartas son cartas...  
¡los permisos de Weyler  
como si nada!

Reforma natural, porque al fin los permisos se extienden y se firman en un papel, y esa copla es completamente de papelería y objetos de escritorio.

Alguien asegura que el Ministro de la Guerra y representante del Gobierno en el viaje, entregó el citado permiso á un periodista para que todos lo utilizaran, y dicho periodista se lo dejó olvidado encima de su mesa. Al enterarse del olvido, corrió en seguida á subsanarle, ¡y se encontró con que la patrona lo había tirado al cubo, anticipándose al juicio de cierto general; es decir, creyéndole inservible! El permiso estaba lleno de agua, pero en fin, existía; y el periodista fué á reunirse con sus compañeros para utilizarle. Y al querer hacerlo, se le dijo que aquello no servía, porque era un papel mojado.

¡La cosa es razonable!

Pero, ya que tanto se habla de ella, ¿de quién es la culpa? Unos dicen que de quien desconoció la autoridad del ministro; otros que del ministro mismo, y otros que de la patrona, no faltando quien asegure que del periodista. Yo creo que la culpa fué del papel, que se dejó mojar, debiendo haberse presentado seco como convenía á su misión y á las circunstancias.

En fin; lo cierto y ello es, como antes se decía con general aplauso, que los periodistas se han retirado y con ellos los diez mil telegramas que llenaban estos días todos los periódicos.

A decir verdad, antes debieron de hacerlo, en vista de ciertas cosas desagradables. Pero nunca es tarde para que descanse Maese Langostino de su penosa tarea histórica.

¡Lo que han sufrido esos chicos! Pero en cambio, ¡qué de obsequios! Hasta salchichón les dieron una mañana que no habían almorzado.

Uno de ellos, decía en momentos de intimidad.

— ¡Como Lentejica vamos á morir; si no de un obsequio, de empacho!

Y efectivamente.

¡Han muerto de empacheco!

## ¡El papel vale más!

(NOTAS BIBLIOGRÁFICAS)

Entre los numerosos libros desagradables y mal escritos que recibimos á diario, merece lugar preferentísimo *Clarita Mártir*, novela original de D. Juan Miguel Vargas Martel.

Lo de *original* no deja de ser una apreciación gratuita del Sr. Vargas Martel, á quien sería difícilísimo probar tan atrevido aserto.

No queremos decir con esto que dicho señor haya copiado el asunto ni el argumento ni los caracteres de ninguna parte, por la obvia razón de que en *Clarita Mártir* nuestra vista, habitualmente poco perspicaz, no ha logrado vislumbrar ó entrever ni sombra de caracteres, de argumento ó de asunto.

Pero dejando aparte semejantes bagatelas, cabe que felicitemos al Sr. Vargas Martel por haber conseguido el difícil triunfo de llenar 264 páginas de palabras, cláusulas y períodos absolutamente insustanciales, incoloros, insípidos, inodoros y vulgares como una circular de D. Segis.

Suponemos que el autor de *Clarita Mártir* debe de ser empleado en alguna Delegación de Hacienda, Registro de la Propiedad ó centro parecido en donde todo prosaísmo y todo lugar común tienen su asiento; persona competentísima en asuntos administrativos, conocedor de la vía contenciosa, etc., etc., quién sabe si jefe de Administración civil con uso de uniforme.

En tal sentido, su novela, modelo acadésimo de estilo burocrático ó, si ustedes quieren, oficinesco, no puede menos de impresionar al Illmo. Sr. Director general de Contribuciones indirectas ó de los Registros, ó de Administración local, en suma, á quien sea superior jerárquico del autor de *Clarita Mártir*; y si en vista de las excelentes cualidades administrativas que en su novela arguye, le proponen para el ascenso inmediato, ¿para qué quiere más el Sr. Vargas Martel?

Nosotros celebraremos mucho que si dicho señor es oficial primero, ascienda inmediatamente á jefe de Negociado. Lo creemos así muy justo, pues no hay cosa peor para la Administración pública que los empleados dotados de fantasía creadora, etc., etc. Al Estado le convienen funcionarios que sean todos llaneza y vulgaridad como el aludido señor.

Y repitiendo nuestra felicitación, le rogamos que otra vez no nos dedique sus obras como *obsequio*. No queremos morir como *Lentejica*.

\* \*

Pues bien, aún el Sr. Vargas Martel es una especie de Cervantes ó de Homero, si se le compara con D. José María López y López, hombre político muy conocido, según él mismo asegura, sevillano él y guasón de tomo y lomo, sobre todo de lomo, á juzgar por el suyo, titulado *Nostalgia*.

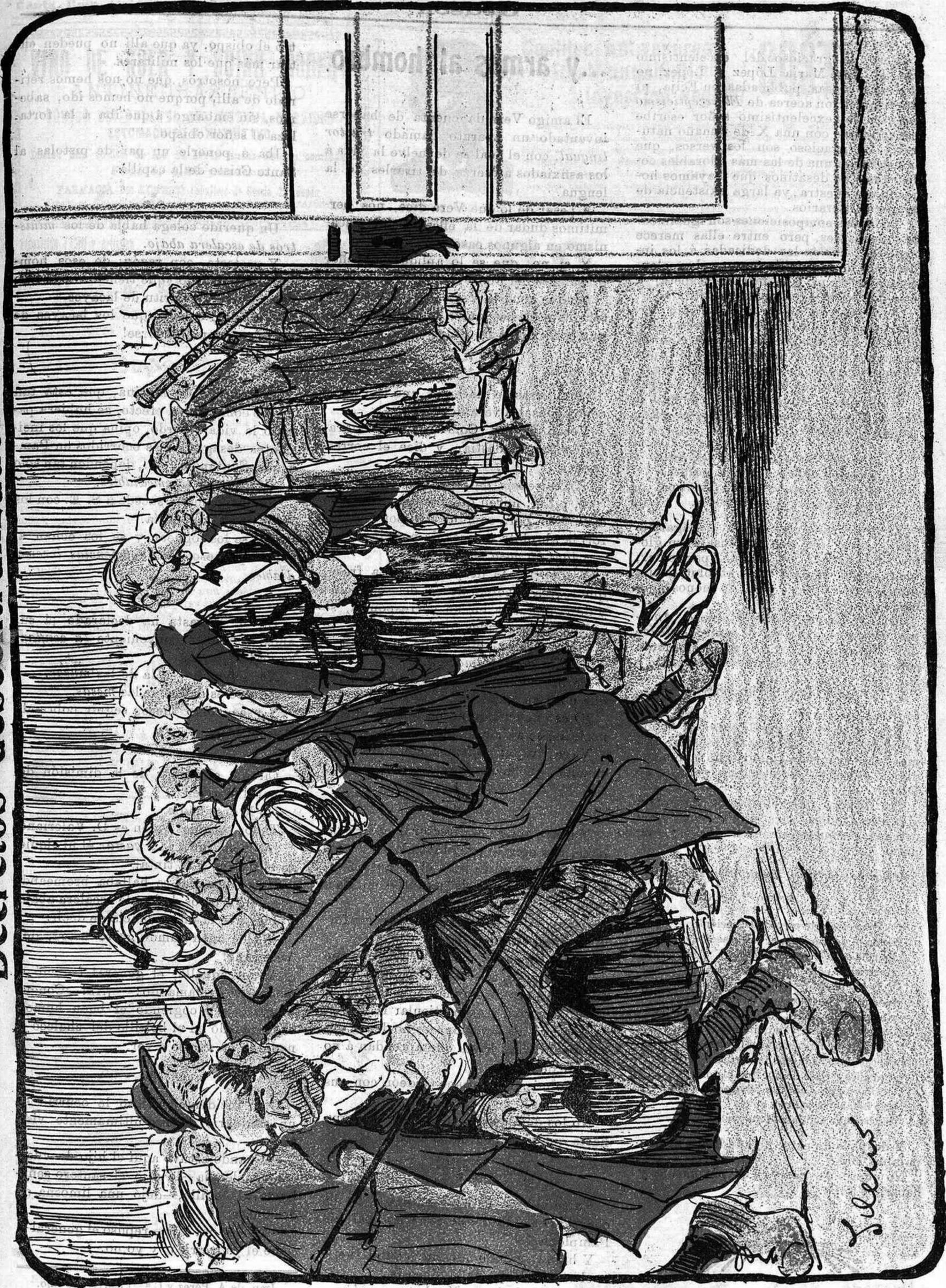
También podía haberlo titulado *Aceite y vinagre* ó *¡Vamos andando!* porque, á la verdad, no se ve qué relación haya entre *Nostalgia* y *La higiene*, *Los terremotos*, *La palanca de Arquímedes*, *El Congreso Hispano-americano* y demás asuntos que se tratan ó se maltratan en el volumen.

# Reflexiones de Weyler.



—¡Pero cómo se estropea la ropa en los viajes...!

# Decretos descentralizadores.



¡Fuera alcaldes! ¡Fuera alcaldes!

## ...y armas al hombro.

Pero lo gracioso del excelentísimo Sr. D. José María López y López, no son sus prosas, publicadas en Eciija, ni su disquisición acerca de *El excepticismo político* (el excelentísimo señor escribe *excepticismo* con una X de tamaño natural). Lo gracioso son los versos, que constituyen una de las más adorables colecciones de desatinos que hayamos hojeado en nuestra ya larga existencia de traperos literarios.

Todas las composiciones son igualmente deleznable, pero entre ellas merece especial mención las dedicadas á los individuos de la familia (porque el excelentísimo señor ni á la familia respeta) y una que tiene este impagable título:

*A mi querido amigo D. Mariano Trigueros, con motivo de los terremotos.* De cuya lectura resulta que los movimientos seísmicos fueron producidos por unos versos del citado Sr. Trigueros, ó cosa tal. ¡Qué amigos tiene el Sr. López y López! Más original todavía es un soneto á Rafael Molina Lagartijo, en que el señor López dice que

No de triunfos taurinos la algarada  
que en mi sentir son vanidad mentida,  
mueven mi pluma en ritmo MAL METIDA  
para ensalzar tu gloria decantada.

Es decir, que no celebra á Lagartijo como torero no, sino que ensalza su gloria en concepto de simple particular; idea, según ustedes ven, absolutamente nueva y que merece por lo menos una oreja del Pegaso.

En otro soneto al Excmo. Sr. D. Antonio Maura, con motivo de su viaje político á Sevilla, hace el Sr. López la siguiente interesantísima y poética declaración:

Yo no formo en tu campo: mi destino...

etcétera, etcétera.

Esto es lo único que le salva al señor López; porque si además de escribir tan mal fuese maurista, mauritano ó como se diga, entonces no tendría perdón de Dios.

Por último, ya que estamos puestos á ello, copiaremos, para que se regocigen ustedes, el soneto que el Sr. López dispara.

Al ilustre escritor D. Benito Pérez Galdós.

SONETO

Para elogiarte en toda la nación  
hasta el delirio llega el entusiasmo;  
España se salió de su marasmo,  
electrizada por tu gran creación.

Del genio tu fecunda inspiración  
mostró que la reacción es un sarcasmo,  
y afirmó SIN CAER EN EL PLEONASMO  
que excitan general admiración.

Calderón, Tirso, Lope, á la memoria  
evocas hoy sus lauros inmortales:  
cual ellos vivirás en nuestra historia.

Al autor de *Episodios Nacionales*  
sólo faltaba ya para su gloria  
*Electra*, que aquillata lo que vales.

Y después de esto, no añadimos ni una palabra más.

No queremos caer en el pleonasma y hacernos pupa.

El amigo Vera da cuenta de haberse inventado un aparato llamado *tractor lingual*, con el cual se devuelve la vida á los asfixiados á fuerza de tirarles de la lengua.

A pesar de lo que Vera dice, nos permitimos dudar de la eficacia del mecanismo en algunos casos.

Y si no, que se lo apliquen al señor presidente del Consejo.

¿Qué se apuesta Vera á que ni con tractor ni sin él, hay quien le tire de la lengua con éxito á D. Práxedes?

¡Qué cosas le hacen á uno leer estos corresponsales veraniegos!

Verán ustedes. Comienza un telegrama de San Sebastián, y dice el corresponsal:

«La ausencia del rey trae aparejada (¡ah, pillín; miren qué bonito giro ha ido á escoger para comunicarlo por telégrafo!) la absoluta escasez de noticias.»

«Aquí no pasa nada.»

Y diez líneas después de esta frase, que revela el colmo de la desesperación y de la angustia en un corresponsal, se rectifica y se ratifica, diciendo:

«Hay escasez absoluta de noticias.»

«Reina gran animación.»

Pero, hombre; ¡si acaba usted de decir que no pasa nada!

¿O es que cuando no pasa nada ni hay noticias, se anima mucho más la gente?

Vaya, vaya; ¡inflemos con más precaución, querido colega.

Nuestro amigo el director de *El Evangelio*, nos escribe preguntándonos si nos adherimos al mitin para el levantamiento de la suspensión de garantías en Barcelona.

Sentimos en el alma no estar conformes con el citado colega.

Al contrario; la conducta del gobierno en este asunto, nos parece la más ajustada á la pura ortodoxia gedeónica.

El gobierno, y en particular D. Segis, estima que los barceloneses no deben gozar de libertad hasta que aprendan á no abusar de ella.

Es lo mismo que hace Gedeón con sus chiquitines.

No los deja que se metan en el agua hasta que ya saben nadar bien.

Ya se habrán ustedes enterado de lo ocurrido en el fuerte de San Cristóbal, en Pamplona.

Y habrán sabido que entró en el fuerte el señor obispo de la diócesis.

Y no se habrán explicado para qué en-

tró el obispo, ya que allí no pueden entrar más que los militares.

Pero nosotros, que no nos hemos retirado de allí, porque no hemos ido, sabemos, sin embargo, á qué iba á la fortaleza el señor obispo.

Iba á ponerle un par de pistolas al Santo Cristo de la capilla.

Un querido colega habla de los ministros de escalera abajo.

Y protesta, con razón, de esos hombres de gobierno «que tienen nombre de demócratas y espíritu de lacayos.»

¡Cuidado, colega, que los lacayos de veras, pueden ofenderse!

El ministro de Marina, que está tan fresco como si, en efecto, se hubiera pasado la vida á bordo, opina que los incidentes desagradables ocurridos en Pamplona, Santander, etc., dependen tan sólo de deficiencias irremediables.

Vamos, como le sucede á S. E. con los toros de su ganadería.

Que se los foguean y se los echan al corral por eso: por deficiencias irremediables.

El Sr. Sagasta ha declarado ¡á sus años! que no es conveniente la confianza de las masas.

No, señor, no; ni la de las musas.

El caso es defender las masas.

Y, sea como fuere, seguir cobrando esas misas.

Circula el rumor de la dimisión del general Weyler.

No lo cree nadie.

Todos sabemos quién es D. Valeriano. ¡A buena hora va á gastar él ni siquiera el tiempo y la tinta!

Hace unos días se hallaba bromeando con varios otros de los de escalera abajo, y uno tuvo la imprudencia de decir:

—¡Qué buen humor gasta usted, don Valeriano!

Al oír aquéllo, el general frunció el entrecejo exclamando: —¡Ah! ¿Conque lo gasto?—Y cogiendo el buen humor, se lo guardó en el bolsillo del chaleco y nadie lo ha vuelto á ver.

Otro incidente curioso le ocurrió en un santuario de los últimamente visitados.

—Cuando estuvo aquí el hijo de vuestra excelencia—le dijo el santero señalando al cepillo,—dejó una limosna de dos duros.

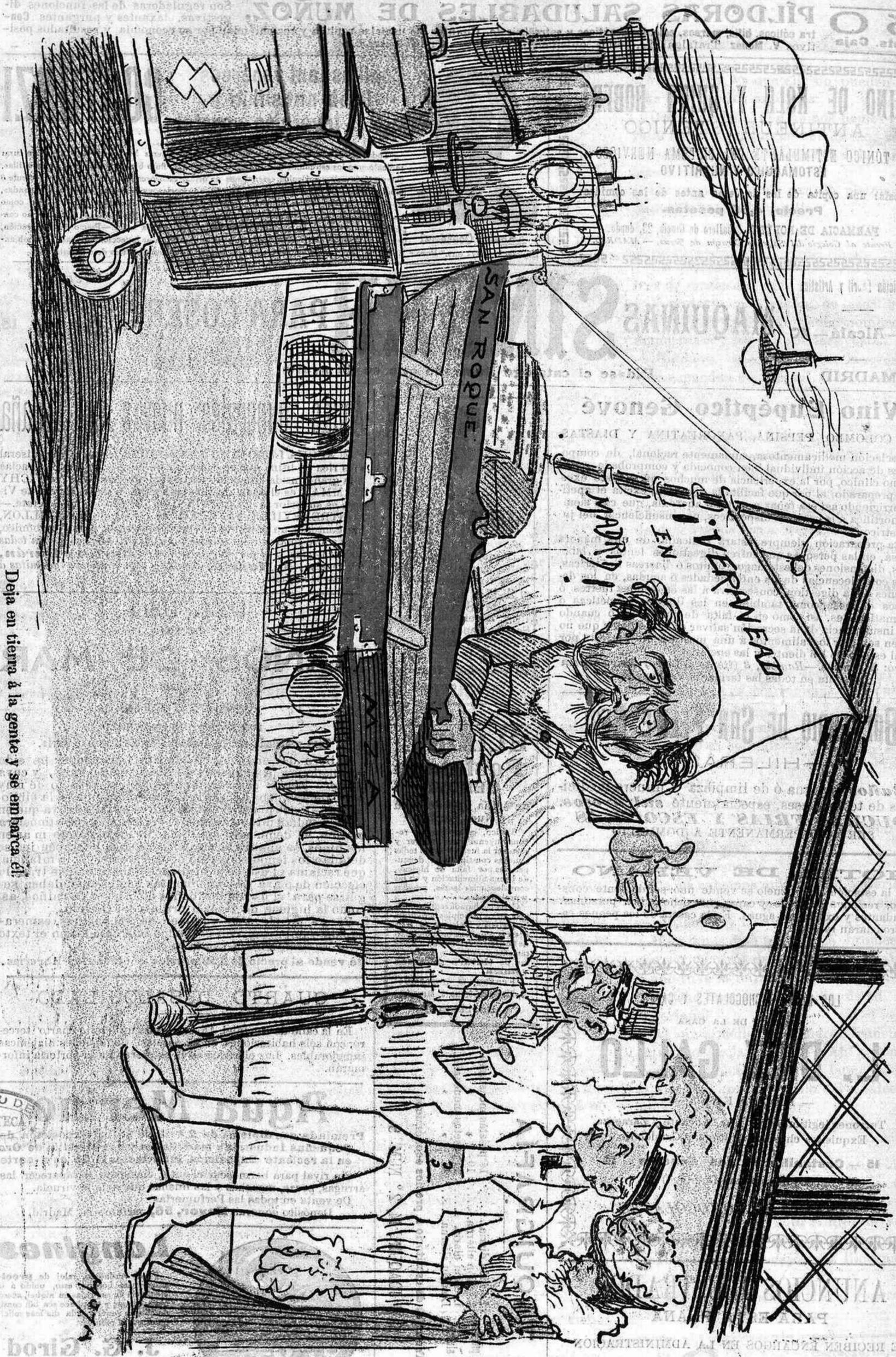
—Es que mi hijo—repuso el general—tiene el padre rico, y yo no.

D616102 9622119229b 2010792





# El capitán Araña al revés.



Deja en tierra á la gente y se embarca él.

ATENEU DE BIBLIOTECA MADRID

J. G. Giró  
7 entre el not. Mayor.  
Teléfono, 25 y 27 - Madrid